

## Las ricas y las pobres

Lo fascinante, para mí, fue la sinceridad con la que las mujeres hablaron de ellas mismas, esta disposición espontánea de presentarse para una entrevista. Sin embargo, esta transparencia disminuye subiendo la escala de las clases sociales, ya que la mujer de estratos altos quiere transmitir una imagen muy definida de ella, quiere disimular fracasos y cubrir con frases bien elaboradas las contradicciones.

La gente en los barrios marginados no está acostumbrada a ese tipo de comunicación, a esa manera de proteger la vida privada, y Dioselina lo dice muy claramente cuando está hablando de las diferencias entre pobres y ricos: “Es que el rico tiene un problema con la esposa y no lo sabe nadie y la del pobre sí corre y le cuenta a las amigas...”. También es evidente, que “los ricos” no se preocupan de “los pobres”, pero sí al contrario. Las normas, los valores, la manera cómo viven los ricos, son bien conocidos; mucho se cree saber por la televisión, por las telenovelas y mucho se sabe, porque la mayoría de las mujeres de estratos bajos ha trabajado alguna vez de empleada de hogar, y, en el transcurso de su vida, tendrá que volver a ese trabajo, pues casi el único posible para una mujer sin estudios.

La empleada de hogar tiene en Colombia, uno de los pocos países en Latinoamérica donde los posee, derechos suscritos como tiempo laboral fijo, salario mínimo –del cual generalmente se paga una parte en especie–, seguro social, pero el mercado de trabajo tiene sus propias leyes. Con la constante inmigración de niñas y mujeres jóvenes del campo, con la práctica, todavía existente, de entregar de parte de los mismos padres una hija a una familia

para que trabaje, se consigue todavía fácilmente una muchacha que no pregunta por sus derechos, que está feliz de haber encontrado un trabajo cualquiera y que está dispuesta a trabajar duro, incluso los domingos.

El único sitio de encuentro entre mujeres “ricas” y mujeres “pobres” es, muchas veces, la casa y la cocina de “la rica”. Casi ninguno de los privilegiados sabe cómo vive la gran mayoría de los colombianos, casi ninguno ha visitado un barrio popular, pero fácilmente se quejan de la ignorancia de las empleadas y de que cada día se vuelven más insolentes, costosas; con frecuencia se oye decir: “desgraciadas”.

Sin embargo, la empleada de hogar es la garantía para la emancipación de la mujer de estratos más altos. Ninguna señora podría salir a trabajar o a estudiar si no existiera “la muchacha”. Ella es la condición primordial para la realización personal de la mujer, sin que haya que tocar la distribución de roles entre mujeres y hombres, pues la empleada está en función de intermediaria. No hay necesidad de pelear por “quién lavará los platos”, después de un día laboral de la pareja fuera de la casa, porque para esto está la empleada. Ella está contratada para reemplazar al ama de casa ausente, y en consecuencia, si “la muchacha no funciona”, la señora tiene que cumplir con sus deberes, otra vez, en casa. En muchas familias, el sueldo de la empleada se paga de lo que gana la mujer, es lo que desde el principio tiene que restar de su salario, pues es su trabajo que cede a la otra. Es por eso, también, que muchas patronas “no pueden” pagarle mejor a la empleada.

En caso “de emergencia” o cuando la mujer no se puede permitir una empleada, otras mujeres de la familia la sustituyen y, sobre todo en los barrios populares, es frecuente que la mujer tenga viviendo con ella a una tía,

a una sobrina, o a una hija mayor, que como dice Marleny sobre el arreglo que tiene con una prima: “me ayuda a mí y yo le ayudo pa’que pueda estudiar”.

Tomado de *Matrimonio y mortaja del cielo bajan*, de Friederike Harter. Apartes del capítulo: La memoria tiene otra calidad de verdad. Editorial Universidad de Antioquia, 1993.